

Patricio Costa Paladines

**CRÓNICA:
5 PEDAZOS DEL DOCTOR**



Crónica: 5 pedazos del doctor

© Patricio Costa Paladines, 2017

© Eskeletra Editorial, Quito, 2017

Dirección Editorial: Ramiro Arias

Diagramación: Nieves Egoavil

Diseño portada: Alfredo Ruales

Eskeletra Editorial

12 de Octubre y Roca (esq.)1 piso Ofic. 102

Telefax: 2556691 / Casilla postal 164-B Quito

E-mail: eskeletra@hotmail.com

Web: www.eskeletra.com

ISBN: 978-9978-16-277-4

Derechos de autor: 050967

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio electrónico, mecánico, fotoóptico, o cualquier otro sin la autorización escrita de la editorial.

Imagenpress. S.A.

Impreso en Ecuador

Dedicatoria:

*Para los que apoyan la necesidad de
encarar los problemas sociales.*

1. El dolor ventral

A las 3h00 de la mañana del día jueves diez de junio de 2010 —que no era esperado por María Sacramento Buitrón como uno cualquiera— se levantó de la cama, pronto empezaría a despuntar el día, descubrió un hedor extraño en la pieza, y como perro sabueso, buscó el confuso aroma a más de un hombre, que meses atrás parecía logró percudir las dos almohadas de su lecho, una de ellas no tocó esa noche, es más, estaba consciente que no había sido usada quince días atrás.

«Mierda» —dijo— cuando sus ojos apenas pasaron por la luz roja del radio despertador colocado en la mesita de noche, del lado derecho. Descubrió que había logrado conciliar el sueño unas pocas horas, se había acostado a eso de las 11h00 de la noche, en cuanto escuchó pasar el bus de la Cooperativa Loja que iba con destino a la ciudad fronteriza de Macará.

«Pensé que no me iba a dormir» —se dijo a sí misma en voz muy baja— o sería que el sutil aroma la narcotizó. De verdad olía demasiado, como nunca antes, más que cuando quemó palo santo. Buscó en la oscuridad un par de sandalias peruanas con la cómplice ayuda de un haz de luz que emanaba de la lámpara de sodio de la calle, la que desde el año 2004 —cuando compraron la casa— quiso evitar ingresara por la punta izquierda de la ventana, las acercó al filo del lecho y cuando intentó incorporarse la tumbaron al unísono un dolor de vientre y un frío helado, que le caló y le corrió de la cabeza a las piernas, entró en posición fetal, y mordió a sorbos la sábana celeste que acomodó en su lugar antes de recostarse. Llevaba quince días durmiendo sin su marido, desde el último reencontro, pero la intimidad se había cortado bastante tiempo atrás.

De la otra pieza no escuchaba ruido, claro indicativo de que su hijo dormía a plenitud, «mejor no me levanto, así no le hago ruido, por hoy que duerma bien Guillermito».

No era dolor de vientre —¿era remordimiento?— aunque ya no podía poner en duda la decisión que tanto esfuerzo le había costado tomar, permaneció con los ojos abiertos, mirando las aspas del ventilador, hasta que sonaron las 5h00 de la mañana, un gallo dejó oírse a lo lejos.

El frescor de Catamayo a esa hora dura poco, solo hasta que los zafreros del ingenio azucarero realicen las quemas de caña, el viento cruzado se

encargaría de contaminar y calentar el aire un par de grados antes de que el sol hiciera su labor, ese día las quemaduras estaban lejanas —no podía saberlo—, pero se quejó: «puta madre, el calor me abraza», pretexto para evadir la costumbre de ir primero a la cocina con el afán de hervir la olla del café, tal como hacía todos los días, desde nueve años atrás, cuando se casó con el doctor Byron Zambrano.

Corrió a tomar una ducha fría, la rutina del baño diario se le había escapado, lavó su cuerpo un par de veces casi inconsciente de sus cotidianas y repetitivas acciones, y muchas más sus partes íntimas. El olor a lavanda acarició hasta la cortina de la ventanilla que daba al patio trasero de la casa, la que más de una vez fue testigo fiel de sus secretos, sin embargo parecía que esa fragancia competía fracasadamente con sus desagradables sudores fríos.

No tenía ganas de cocinar, peor aún de empezar el quehacer, se sentó a la mesa de comer con un gran vaso de agua con hielo, escarmentó su rizado cabello oscuro con el peine que había tomado del cuarto de baño, las manecillas del reloj se movían inexorablemente y su mente seguía en blanco. Otra vez el frío y el dolor ventral, tiró el vaso plástico de la mesa, cayó al piso, creyó que no causó ruido, «puta madre, no voy a poder verles a los ojos a los parientes de Byron»—susurró.

Su madre le había enseñado ciertas artes con las aguas medicinales, y le había dejado en su última visita unas matas sembradas de hierbaluisa

y valeriana, cocinó la infusión y se tomó un jarro grande conjuntamente con dos pastillas de Finallín, la endulzó con azúcar morena y la amargó con polvo de bicarbonato, diez minutos después le quemaba entre las piernas, malestar que ahora atribuyó a su error de haberse tomado a soplos la infusión, regresó al cuarto de baño y se quedó sentada diez minutos más en el retrete. La hizo volver a la realidad el golpeteo de la puerta que hizo su hijo, eran las 6h00 de la mañana en punto.

—¿Te levantaste mijo? —le preguntó tontamente— y sin esperar respuesta agregó: voy a prepararte el café.

El doctor Raúl Macías, viejo amigo de Byron Zambrano, y socio en el Centro Médico que habían inaugurado años atrás, a las 7h00 de la mañana de ese mismo día abrió la consulta —siempre disponía de una hora antes de ir a formar, pues era miembro activo de la Policía Nacional, irónicamente era el único médico en todo el país con rango de sargento—. Conoció a su socio cuando llegó a Catamayo, luego de cumplir su año rural en la ciudad de Santa Rosa, en la vecina provincia de El Oro, sabía que era lojano de nacimiento y primo de su esposa Sarita Trujillo. Al contrario de lo usual en Raúl, desde el primer día que charlaron, le dio lugar a la confianza, en materia profesional y como individuos.

Byron le dijo venir de una familia numerosa, que tenía seis hermanos, que su padre falleció, que su madre y hermanos vivían en Loja.

«Mi madre no superó la muerte de papá y fui un chico problema», era una de las frases nostálgicas que frecuentaba cuando tomaban unas copas.

También solía decirle: «no fui un estudiante muy dedicado, pero aunque demoré en graduarme, creo ser buen médico y me encanta mi profesión», además, «extraño mucho a mi mamita, por eso siempre me sale del corazón el deseo de visitarla».

El Centro Médico de Ayuda Social Santa Marianita lo instalaron casi seis años atrás, en frente de la fachada lateral de la iglesia, justamente en la casa de Raúl Macías. Hicieron las adecuaciones del caso para insertarlo en la parte frontal del edificio.

«Se atiende a pacientes en general» decía el rótulo en su parte superior, y en la inferior: «atendemos de 7h00 a 19h00 de lunes a viernes».

Normalmente Byron se pasaba de hora, porque entre treinta y cuarenta personas se atendían diariamente, y en verdad el valor de la consulta estaba bastante cómodo para la gente, eso les había ganado el cariño de todos, en una plaza donde más de dos tercios de los ciudadanos eran bastante pobres. El doctor percibía el respeto ganado por sus cualidades profesionales, y de hecho disfrutaba de la consideración entre la mayoría de los pobladores del cantón Catamayo, y los de su profesión en la ciudad de Loja.

De 8h00 a 9h00 de la mañana quedaba la puerta virtualmente abierta, hasta que llegara

Luisa Beatriz Pasos —la querida enfermera— a la espera de que fueran llegando los pacientes, y que arribara el doctor Byron Zambrano. Algún familiar de paciente solía tomarse la molestia de usar la escoba para limpiar y ponía la bolsa de basura en el tacho recolector. Ya se había acostumbrado Byron a que más de un paciente por día, le dijera: «doctorcito, nunca se vaya de alcalde, usted sabe que fácilmente ganaría una elección, pero nos haría mucha falta».

Pasadas las 5h00 de la tarde, de lunes a viernes, Raúl Macías generalmente retomaba la consulta, y usualmente cerraban la puerta conjuntamente con Luisa Beatriz, un par de horas después.

Desde ahí caminaban unas pocas cuadras antes de despedirse, o lo hacían en la puerta del Centro Médico, cuando el galeno llegaba en su flamante automóvil Hyundai. A mediodía, y en el último año, tan solo para evitar que el abrasante calor invadiera los consultorios Byron cerraba la puerta principal antes de caminar a la escuela de su hijo, que no era la misma entidad educativa en la que trabajaba su esposa, para llevarlo a tomar el almuerzo; en los últimos meses esos episodios le resultaban minutos placenteros antes de las cotidianas discusiones en la mesa de comer con María Sacramento. Desde noviembre de 2009 su vida se había transformado.

El diez de junio de 2010 fue el día de su desaparición.

Para Byron ese día nació como uno normal, aunque fue tal cual los últimos doscientos días de ya habitual estrés.

A las 4h15 de la tarde salió del Centro Médico, debía ir a Loja para atender una invitación, que tenía por finalidad celebrar —con un día de anterioridad— su cumpleaños.

«Me invitaron unos buenos amigos» le dijo a su hermana Luzmila Emperatriz Zambrano.